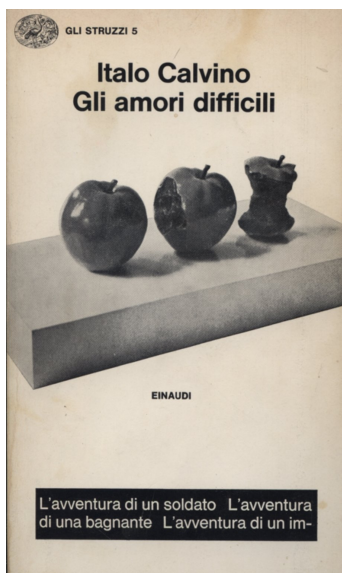




LA AVENTURA DEL MATRIMONIO

L'avventura di due sposi

ITALO CALVINO

L'operaio Arturo Massolari faceva il turno della notte, quello che finisce alle sei. Per rincasare aveva un lungo tragitto, che compiva in bicicletta nella bella stagione, in tram nei mesi piovosi e invernali. Arrivava a casa tra le sei e tre quarti e le sette, cioè alle volte un po' prima alle volte un po' dopo che suonasse la sveglia della moglie, Elide. Spesso i due rumori: il suono della sveglia e il passo di lui che entrava si sovrapponevano nella mente di Elide, raggiungendola in fondo al sonno, il sonno compatto della mattina presto che lei cercava di spremere ancora per qualche secondo col viso affondato nel guanciale. Poi si tirava su dal letto di strappo e già infilava le braccia alla cieca nella vestaglia, coi capelli sugli occhi.

El obrero Arturo Massolari hacía el turno de noche, el que termina a las seis. Para volver a su casa tenía un largo trayecto que recorría en bicicleta con buen tiempo, en tranvía los meses lluviosos e invernales. Llegaba entre las siete menos cuarto y las siete, a veces un poco antes, otras un poco después de que sonara el despertador de Elide, su mujer.

A menudo los dos ruidos, el sonido del despertador y los pasos de él al entrar, se superponían en la mente de Elide, alcanzándola en el fondo del sueño, ese sueño compacto de la mañana temprano que ella trataba de seguir exprimiendo unos segundos con la cara hundida en la almohada. Después se levantaba repentinamente de la cama y ya estaba metiendo a ciegas los brazos en la bata, el pelo sobre los ojos. Elide se le aparecía así, en la cocina, donde Arturo sacaba los recipientes vacíos del bolso que llevaba al trabajo: la fiambarrera, el termo, y los depositaba en el fregadero.

Ya había encendido el calentador y puesto el café. Apenas la miraba, Elide se pasaba una mano por el pelo, se esforzaba por abrir bien los ojos, como si cada vez se avergonzase un poco de esa primera imagen que el marido tenía de ella al regresar a casa, siempre tan en desorden, con la cara medio dormida. Cuando dos han dormido juntos es otra cosa, por la mañana los dos emergen del mismo sueño, los dos son iguales.

En cambio a veces entraba él en la habitación para despertarla con la taza de café, un minuto antes de que sonara el

despertador; entonces todo era más natural, la mueca al salir del sueño adquiría una dulzura indolente, los brazos que se levantaban para estirarse, desnudos, terminaban por ceñir el cuello de él. Se abrazaban. Arturo llevaba el chaquetón impermeable; al sentirlo cerca ella sabía el tiempo que hacía: si llovía, o había niebla o nieve, según lo húmedo y frío que estuviera. Pero igual le decía: "¿Qué tiempo hace?", y él empezaba como de costumbre a refunfuñar medio irónico, pasando revista a los inconvenientes que había tenido, empezando por el final: el recorrido en bicicleta, el tiempo que hacía al salir de la fábrica, distinto del que hacía la noche anterior al entrar, y los problemas en el trabajo, los rumores que corrían en la sección, y así sucesivamente.

A esa hora la casa estaba siempre mal caldeada, pero Elide se había desnudado completamente, temblaba un poco, y se lavaba en el cuartito de baño. Detrás llegaba él, con más calma, se desvestía y se lavaba también, lentamente, se quitaba de encima el polvo y la grasa del taller. Al estar así los dos junto al mismo lavabo, medio desnudos, un poco ateridos, dándose algún empujón, quitándose de la mano el jabón, el dentífrico, y siguiendo con las cosas que tenían que decirse, llegaba el momento de la confianza, y a veces, frotándose mutuamente la espalda, se insinuaba una caricia y terminaban abrazados.

Pero de pronto Elide: -¡Dios mío! ¿Qué hora es ya? -y corría a ponerse el portaligas, la falda, a toda prisa, de pie, y con el cepillo yendo y viniendo por el pelo, y adelantaba la cara hacia el espejo de la cómoda, con las

horquillas apretadas entre los labios. Arturo la seguía, encendía un cigarrillo, y la miraba de pie, fumando, y siempre parecía un poco incómodo por verse allí sin poder hacer nada. Elide estaba lista, se ponía el abrigo en el pasillo, se daban un beso, abría la puerta y ya se la oía bajar corriendo las escaleras. Arturo se quedaba solo.

Seguía el ruido de los tacones de Elide peldaños abajo, y cuando dejaba de oírla, la seguía con el pensamiento, los brincos veloces en el patio, el portal, la acera, hasta la parada del tranvía. El tranvía, en cambio, lo escuchaba bien: chirriar, pararse, y el golpe del estribo cada vez que subía alguien. “Lo ha atrapado”, pensaba, y veía a su mujer agarrada entre la multitud de obreros y obreras al “once”, que la llevaba a la fábrica como todos los días.

Apagaba la colilla, cerraba los postigos de la ventana, la habitación quedaba a oscuras, se metía en la cama. La cama estaba como la había dejado Elide al levantarse, pero de su lado, el de Arturo, estaba casi intacta, como si acabaran de tenderla. Él se acostaba de su lado, como corresponde, pero después estiraba una pierna hacia el otro, donde había quedado el calor de su mujer, estiraba la otra pierna, y así poco a poco se desplazaba hacia el lado de Elide, a aquel nicho de tibieza que conservaba todavía la forma del cuerpo de ella, y hundía la cara en su almohada, en su perfume, y se dormía. Cuando volvía Elide, por la tarde, Arturo cabía un rato que daba vueltas por las habitaciones: había encendido la estufa, puesto algo a cocinar. Ciertos trabajos los hacía él, en esas horas anteriores a la cena, como hacer la cama, barrer un poco, y hasta poner en remojo la ropa para lavar.

Elide encontraba todo mal hecho, pero a decir verdad no por ello él se esmeraba más: lo que hacía era una especie de ritual para esperarla, casi como salirle al encuentro aunque quedándose entre las paredes de la casa, mientras afuera se encendían las luces y ella pasaba por las tiendas en medio de esa animación fuera del tiempo de los barrios donde hay tantas mujeres que hacen la compra por la noche. Por fin oía los pasos por la escalera, muy distintos de los de la mañana, ahora pesados, porque Elide subía cansada de la jornada de trabajo y cargada con la compra. Arturo salía al rellano, le tomaba de la mano la cesta, entraban hablando. Elide se dejaba caer en una silla de

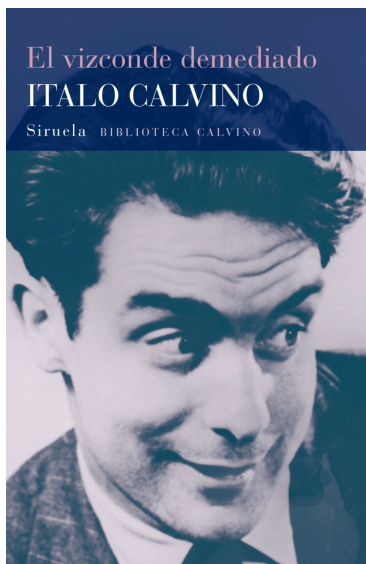
la cocina, sin quitarse el abrigo, mientras él sacaba las cosas de la cesta. Después: -Arriba, un poco de coraje -decía ella, y se levantaba, se quitaba el abrigo, se ponía ropa de estar por casa. Empezaban a preparar la comida: cena para los dos, después la merienda que él se llevaba a la fábrica para el intervalo de la una de la madrugada, la colación que ella se llevaría a la fábrica al día siguiente, y la que quedaría lista para cuando él se despertara por la tarde.

Elide a ratos se movía, a ratos se sentaba en la silla de paja, le daba indicaciones. Él, en cambio, era la hora en que estaba descansado, no paraba, quería hacerlo todo, pero siempre un poco distraído, con la cabeza ya en otra parte. En esos momentos a veces estaban a punto de chocar, de decirse unas palabras hirientes, porque Elide hubiera querido que él estuviera más atento a lo que ella hacía, que pusiera más empeño, o que fuera más afectuoso, que estuviera más cerca de ella, que le diera más consuelo.

En cambio Arturo, después del primer entusiasmo porque ella había vuelto, ya estaba con la cabeza fuera de casa, pensando en darse prisa porque tenía que marcharse. La mesa puesta, con todo listo y al alcance de la mano para no tener que levantarse, llegaba el momento en que los dos sentían la zozobra de tener tan poco tiempo para estar juntos, y casi no conseguían llevarse la cuchara a la boca de las ganas que tenían de estarse allí tomados de las manos. Pero todavía no había terminado de filtrarse el café y él ya estaba junto a la bicicleta para ver si no faltaba nada. Se abrazaban. Parecía que sólo entonces Arturo se daba cuenta de lo suave y tibia que era su mujer. Pero cargaba al hombro la barra de la bici y bajaba con cuidado la escalera.

Elide lavaba los platos, miraba la casa de arriba abajo, las cosas que había hecho su marido, meneando la cabeza. Ahora él corría por las calles oscuras, entre los escasos faroles, quizás ya había dejado atrás el gasómetro.

Elide se acostaba, apagaba la luz. Desde su lado, acostada, corría una pierna hacia el lugar de su marido buscando su calor, pero advertía cada vez que donde ella dormía estaba más caliente, señal de que también Arturo había dormido allí, y eso la llenaba de una gran ternura.



EL VIZCONDE DEMEDIADO

Il visconte dimezzato

ITALO CALVINO

considerados un herido y colocados en aquel carro.

La segunda selección se hacía en el hospital. Después de las batallas el hospital de campaña ofrecía un espectáculo aún más atroz que las mismas batallas. En el suelo había la larga hilera de camillas con aquellos desventurados dentro, y a su alrededor se afanaban los doctores, arrebatándose de las manos pinzas, sierras, agujas, miembros amputados y ovillos de bramante. Muerto a muerto, a cada cadáver hacían lo imposible para devolverlo a la vida. Sierra aquí, cose allí, taponan heridas, volvían las venas como guantes, y las ponían otra vez en su sitio, con más bramante dentro que sangre, pero remendadas y cerradas. Cuando un paciente moría, todo aquello que tenía de aprovechable servía para recomponer los miembros de otro, y a otra cosa. Lo que más se enredaba eran los intestinos: una vez desenrollados ya no se sabía cómo meterlos de nuevo.

Quitada la sábana, el cuerpo del vizconde apareció horriblemente mutilado. Le faltaba un brazo y una pierna, y también toda la parte de tórax y abdomen comprendida entre aquel brazo y aquella pierna había desaparecido, pulverizada por aquel cañonazo recibido de lleno. De la cabeza quedaba un ojo, una oreja, una mejilla, media nariz, media boca, media barbilla y media frente: de la otra mitad de la cabeza no había más que una papilla. En pocas palabras, se había salvado sólo la mitad, la derecha, que por otra parte estaba perfectamente conservada, sin ningún rasguño, exceptuando aquel enorme desgarrón que lo había separado de la parte izquierda saltada en pedazos.

Los médicos: todos satisfechos. "¡Huy, qué caso!" Si no moría entretanto, hasta podían intentar salvarlo. Y se pusieron a su alrededor, mientras los pobres soldados con una flecha en un brazo morían de septicemia. Cosieron, aplicaron, emplastaron: quién sabe lo que hicieron. El caso es que al día siguiente mi tío abrió el único ojo, la media boca, dilató la nariz y respiró. La robustez de los Terralba había resistido. Ahora estaba vivo y demediado.

(...)

Mi tío Medardo se lanzó al combate. La suerte de la batalla era incierta. En aquella confusión parecía que vencían los cristianos. En efecto, habían roto la formación de los turcos y rodeado algunas posiciones. Mi tío, con otros valientes, había avanzado hasta situarse debajo de las baterías enemigas, y los turcos las desplazaban, para tener a los cristianos bajo su fuego. Dos artilleros turcos hacían girar un cañón con ruedas. Lentos como eran, barbudos, embozados hasta los pies, parecían dos astrónomos. Mi tío dijo: "Ahora llego hasta ellos y van a ver." Entusiasta e inexperto, no sabía que a los cañones sólo hay que aproximarse de lado o por detrás. Él se abalanzó frente a la boca de fuego, con la espada desenvainada, y creía que iba a asustar a aquellos dos astrónomos. En cambio le dispararon, dándole en el pecho. Medardo de Terralba saltó por los aires.

Por la noche, durante la tregua, dos carros iban recogiendo los cuerpos de los cristianos por el campo de batalla. Uno era para los heridos y el otro para los muertos. La primera selección se hacía allí en el campo. "Este lo cojo yo, aquél lo coges tú." Donde parecía que había algo todavía salvable, lo metían en el carro de los heridos; donde sólo había trozos y pedazos, éstos iban al carro de los muertos, para tener sepultura bendecida; lo que ni siquiera era un cadáver se dejaba de pasto a las cigüeñas. Por aquellos días, en vista de las pérdidas crecientes, se había dado la orden de no exagerar en los heridos. Por lo que los restos de Medardo fueron

Cuando mi tío regresó a Terralba, yo tenía siete u ocho años. Fue por la tarde, ya a oscuras; era octubre; el cielo estaba cubierto. Durante el día habíamos vendimiado y a través de las hileras de cepas veíamos acercarse por el mar gris las velas de una nave que enarbolaba la bandera imperial. Por entonces, a cada nave que alguien veía se decía: "Este es maese Medardo que regresa", y no porque estuviéramos impacientes por su regreso, sino por tener algo que esperar. Aquella vez habíamos acertado: estuvimos seguros por la noche, cuando un chico llamado Fiorfiero, pisando la uva en lo alto de latina, gritó: "¡Oh, allí!" Estaba casi oscuro y vimos encenderse en el fondo del valle una hilera de antorchas por el camino; y luego, cuando pasó por el puente, distinguimos una litera transportada a hombros. No había duda: era el vizconde que volvía de la guerra.

La noticia se difundió por los valles; en el patio del castillo se reunió mucha gente: familiares, criados, vendimiadores, pastores, gente de armas. Sólo faltaba el padre de Medardo, el viejo vizconde Ayulfo, mi abuelo, que desde hacía tiempo ya no bajaba ni al patio. Cansado de los asuntos del mundo, había renunciado a las prerrogativas del título en favor de su único hijo varón, antes que éste partiese para la guerra. Ahora su pasión por los pájaros, que criaba dentro del castillo en una gran jaula, se había ido haciendo más exclusiva: el viejo se había llevado su cama a aquella pajarera; allí se encerró, y no salía ni de día ni de noche. Le pasaban la comida con la de los volátiles a través del enrejado, y Ayulfo compartía todas las cosas con aquellas criaturas. Y pasaba las horas acariciando a los faisanes, las tórtolas, mientras esperaba el regreso de su hijo de la guerra. En el patio de nuestro castillo yo nunca había visto a tanta gente: ya había pasado la época, de la que sólo he oído hablar, de las fiestas y de las guerras entre vecinos. Y por primera vez me di cuenta de lo desmoronados que estaban los muros y las torres, y cenagoso el patio, donde acostumbábamos dar la hierba a las cabras y llenar el cuenco de la comida a los cerdos. Todos, esperando, discutían de cómo regresaría el vizconde Medardo; hacía tiempo que había llegado la noticia de graves heridas recibidas de los turcos, pero nadie sabía todavía exactamente si estaba mutilado, tullido, lisiado, o sólo deformado por las cicatrices.

Pero después de haber visto la litera nos preparábamos para lo peor. Y ya la litera era puesta en el suelo, y entre la sombra negra se vio el brillo de una pupila. La anciana nodriza Sebastiana hizo además de acercarse, pero de aquella sombra se levantó una mano con un áspero gesto de denegación. Luego se vio al cuerpo agitarse en la litera en un esfuerzo anguloso y convulso, y ante nuestros ojos Medardo de Terralba quedó de pie, apoyándose en una muleta. Una capa negra con capucha le llegaba hasta el suelo; por la parte derecha estaba echado hacia atrás, descubriendo la mitad del rostro y del cuerpo agarrado a la muleta; mientras que la izquierda parecía que estaba escondida y envuelta entre los rincones y repliegues de aquel amplio ropaje.

Se detuvo a mirarnos, nosotros en círculo en torno a él, sin que nadie dijese nada; pero quizá con aquel único ojo fijo no nos miraba precisamente, quería sólo alejarnos de él.

Una ráfaga de viento subió del mar y una rama quebrada en lo alto de una higuera lanzó un quejido. La capa de mi tío ondeó, y el viento la hinchaba, la tensaba como una vela, y se habría dicho que le atravesaba el cuerpo, mejor, que este cuerpo no existía, y la capa estaba vacía como la de un fantasma. Después, fijándonos bien, vimos que se adhería como a un asta de bandera, asta que eran el hombro, el brazo, el costado, la pierna, todo aquello que de él se apoyaba en la muleta. Y el resto no existía.

Las cabras observaban al vizconde con su mirada fija e inexpresiva, todas en posición distinta y apretadas, con los lomos dispuestos en un extraño dibujo de ángulos rectos. Los cerdos, más sensibles y espabilados, chillaron y huyeron, embistiéndose entre ellos con las panzas, y entonces ni siquiera nosotros pudimos disimular nuestro pavor. "¡Hijo mío!", gritó la nodriza Sebastiana y levantó los brazos. "¡Pobrecillo!"

Mi tío, contrariado por haber suscitado en nosotros tal impresión, avanzó la punta de la muleta por el suelo y con un movimiento de compás se dio impulso en dirección a la entrada del castillo. Pero en los escalones del portal se habían sentado con las piernas cruzadas los portadores de la litera, unos tipejos medio desnudos, con pendientes de oro y el cráneo rasurado en el que crecían crestas o colas de caballo.